

¿CUENTO O REALIDAD?

Iba corriendo con las pesadas bolsas de la compra. La lluvia primaveral habían empapado sus zapatos y sus pies resbalaban en cada paso que daba. A pesar de eso, iba muy rápido y un tímido jadeo por la rapidez, le acompañaba durante todo el camino.

Pensaba en él, suponía ya habría llegado, y es que hoy la compra para días festivos era una locura. Parecía ser el fin del mundo en aquel supermercado, pero a ella no le preocupaban las interminables colas, si no que él llegase antes. Todo fueron prisas, incluso tan fue así, que se dejó el pan encima del mostrador de aquella dependienta tan agradable, que todos los días le preguntaba con una sonrisa “¿Cómo estás hoy, María?”, y que ella, todos los días, con media mueca decía “Bien, gracias“. Mientras casi día si y día no, y con carmín y polvos faciales, tapaba los sablazos casi mortales del amor.

“Dos calles más abajo y por fin, el segundo portal a la izquierda” -pensaba-. “Quizá él aún no haya llegado y no se de cuenta que llego tarde, y es que me quiere tanto, que no permite esperas”.

Si no fuese por aquel día -hacía ya dos semanas- que la querencia por poco se la lleva por delante, hoy no tendría prisas, pero hacía ya tiempo, venía observando que él la quería en exceso.

Su familia, apenas le hablaban, y a ella le habían dado la espalda. Injusto destino de una mujer que quería -de un modo defectuoso y obtuso-.

“¡Y es que me quiere tanto!, el otro día me regaló unas rosas!” le contó a su vecina, que harta de escuchar gritos y golpes, le pidió que si no lo denunciaba, lo haría ella. Pero siempre María le contaba las bondades de su amado esposo. Quizá ya no recordaba aquellas veces que se iba con otras, con su estúpida teoría que ella no le satisfacía todo lo que él necesitaba. Estaba justificado según ella, además pensaba no volvería a repetirse, aunque claro está, miraría para otro lado si esto sucediese, porque “¡era tan bueno con ella!”.

Se le escapó un zapato entre la lluvia, tuvo que regresar unos pasos atrás -otra vez atrás- para recogerlo, se lo calzó como pudo, mientras, caían miles de gotas de lluvia por su fina tez, y su pelo ahora, era un manto de agua. Ni reparó en eso, no había tiempo para pensar en la lluvia, porque quizá -quien sabe- quizá llegara a tiempo para que él no se diese cuenta que llegaba tarde. María siempre llegaba tarde. Todos habían percatado que su marido no era buena para ella. Sin embargo, ella aun no lo sabía.

Una calle más a la izquierda y su portal quedaba cerca. Sus manos, gélidas como su alma, sentían la mordedura de aquellas bolsas de plástico pesadas que rozaban incesantemente aquellas líneas que le indicaban que su vida -según aquella gitana que un día se le cruzó y sin venir a cuento le contó- no sería tan próspera como quisiera. Ni la más salvaje de las heridas que pudieran provocarle aquella bolsa, podía alargar por más tiempo la línea delgada de su historia.

Las soltó en el pequeño escalón del portal, miró el reloj y supo que era demasiado tarde. Quizá él, había llegado ya, pero confiaba en su buena suerte. A fin de cuentas, y hasta ahora, pese a los golpes recibidos de forma casi periódica, nada grave había sucedido. Eran según ella -el amor desproporcionado-. Quizá a ella no le habían enseñado en la misma escuela a amar con esa intensidad manifiesta. Se sentía culpable, sentía que tenía que dar más de lo que daba, y hacía tiempo ya no sabía cómo culparse de esa situación. Hacía tiempo se sentía insegura e inestable.

Aquel día, en aquella mañana, su corazón andaba tiritando, arrugado. Algo asustada, cogió las llaves y abrió su casa. No oyó nada. Le llamó un par de veces, pero parecía una casa oscura, todo estaba en calma, y pensó "Tengo que ponerme a cocinar antes que él llegue, no le gusta llegar y esperar".

Pero María ese día, también llegó tarde.

